

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Misioneros

19 de octubre de 2008

Es lógico: en el Año Paulino, el mensaje del Papa para la Jornada Mundial de las Misiones se centra en san Pablo como misionero y desde él nos exhorta a serlo nosotros, los que hemos conocido a Cristo. Es un bello mensaje en el que Benedicto XVI va encajando las palabras del Apóstol sobre el anuncio del Evangelio, la importancia de Cristo para los hombres, la situación del mundo sin Él, en la necesidad de la misión a los no cristianos también en 2008. Hay claves que se asemejan a lo largo de la historia. «*Marcha —se le dice a san Pablo en Hch 22,21—, porque te enviaré lejos, a los gentiles*». Sin ir, sin acercarse a los que no conocen a Cristo, ¿cómo anunciar y dar la buena noticia? El Papa dice con rotundidad que la humanidad tiene necesidad de ser liberada y redimida, y alimenta la esperanza de entrar en la libertad de los hijos de Dios (cf. Rm 8,19-22).

¿Servirá la fe en Jesucristo, el que cumple las promesas del Antiguo Testamento, para esa liberación, para que haya un mundo mejor, un mundo diferente, donde todos seamos "hijos de Dios"? Me temo que a muchos cristianos no les importa gran cosa el asunto. Nos puede el día a día. Nos acucian los problemas económicos, la recesión, la perspectiva nada halagüeña del paro. Es cierto. Nos preocupa también la violencia que marca las relaciones entre los pueblos, la pobreza que oprime, las discriminaciones, la mentira de la vida pública o política, los desequilibrios aplastantes. Pero esto es natural; lo que no me parece justo es que haya en nosotros una duda que nos come por dentro: ¿vale la fe en Cristo para responder al problema de qué será de la humanidad y de esta tierra? ¿Teniendo a Cristo hay esperanza para el futuro? Sí, hermanos, para este siglo Cristo y su Evangelio, viene a decir el Papa: hay en él una